

Resultando esto así, y siendo ley de vida individual el que durante el período de ascenso es permanente todo bien y transitorio todo mal, así como en el de descenso todo mal queda y todo bien desaparece, no diremos que el mal de nuestra época, de esta época que es un día de la impúber humanidad, constituya la esencia, sino tan solo un accidente de la civilización moderna.

Respiremos, pues, ántes de ahondar en esta historia patológica. Grave es el mal; pero no es mal de muerte.

II.

Resuelto este primer punto, visto el mal y conocidos sus caracteres más generales, preguntémosnos ¿cuál es su causa?

Inútil habrá de ser todo procedimiento sobre el carácter de ésta, si ántes no determinamos dónde debe residir. Esta cuestión prévia halla su solución en una verdad que surge de la experiencia médica y que formularé de esta manera: *Cuando un mal es de carácter general y espontáneo, su causa es de carácter histórico.* Es, pues, inútil explicar la enfermedad social contemporánea por hechos contemporáneos. Este procedimiento nos conduciría al error de aceptar como causas del mal, algunos de los fenómenos que forman parte del total efecto; (y no se olvide que este es uno de los más temibles escollos del razonamiento médico.)

Mas, ¿quién no se arredra al penetrar en el laberinto del pasado, en busca de la causa de los males de hoy?—¿Quién? quien vaya provisto de verdadero Método, de ese ovillo de Ariadna, segura guía en todo laberinto intelectual.

Desde luego declaro que, con los imperfectos é incompletos recursos que el Método histórico moderno de la *evolucion* me ofrece, reducidos, en suma, á ver en el proceso del desarrollo de la Civilización el simple tránsito de lo homogéneo á lo heterogéneo, de la simplicidad á la diferenciación, yo no puedo, yo no debo, yo no quiero penetrar en la Historia.

Permitidme, pues, que allegue recursos propios; que buenos serán, con todo y su pobre origen, siempre y cuando nos conduzcan á un resultado más claro, más cierto, más elocuente y útil que el que se obtiene por el Método aludido.

¿Es el progreso social un desarrollo? Convenido. ¿Presenta ese desarrollo analogías con el desarrollo individual ú orgánico? Muchísimas, y precisamente por esto necesito, al interpretar los hechos de la evolucion social, multiplicar estos puntos de analogía.

EN PRIMER LUGAR, es ley orgánica de todo desarrollo que el gérmen, al par que se *presenta materialmente* homogéneo, *es potencialmente heterogéneo*; la prueba de esta potencia de heterogenismo está en el hecho de llegarlo á realizar. Hay pues, una capital diferencia entre la homogeneidad primitiva-transitoria del gérmen y la permanente de otra cualquiera sustancia, que no sea gérmen (el oro *ex. gr.*) y esto ni en Historia natural ni en Historia social se debe omitir. Llamemos á esta verdad *principio de la potencia heterogénica del gérmen*.

EN SEGUNDO LUGAR, durante el curso de la diferenciacion de partes, existe un escalonamiento de desarrollos parciales, en tal forma de sucesion, que cada órgano, aparato ó sistema, al entrar en turno de desenvolvimiento, crece en exceso con relacion al todo, correspondiendo este exceso á un equivalente del exceso, porque á su vez pasó el órgano, aparato ó sistema, que en desarrollo le precediera. De esta suerte, cada parte del gérmen, medrando con lo que llamaré *su legítima y un tanto más*, que toma de la anterior, abandona luego ese *tanto más* á la parte que en desarrollo la sigue, incorporándolo ésta á su *legítima*, de modo que por dicha sucesion, las partes nuevas pueden formarse á expensas del *tanto más* de la anterior y sin desmedrar, gracias á este mecanismo, aquellas otras que mucho ántes se formaron y que, durante cierto tiempo no necesitan crecer, ni disminuir sensiblemente. Es de observar, que en este procedimiento, los elementos sucesivos se desenvuelven por tendencias contrarias y que en ello está la clave de importantes fenómenos de todo desarrollo.

La presentacion de esta série de *exaltaciones evolutivas*, que vá pasando de unas partes á otras, es ley de naturaleza, y la llamaré, *ley de las sucesiones hyperdinámicas*, ó simplemente, ley de la Hyperdinamia.

EN TERCERO Y ÚLTIMO LUGAR, obsérvese que el curso total de la vida en los séres superiores, afecta, de trecho en trecho, situaciones análogas; así el hombre mismo se nos ofrece durante su

total ascenso dos veces con la *dominante cefálica*, otras dos con la *dominante vascular*, otras dos con la *dominante abdominal*, etc. Que estas situaciones son simplemente análogas y no iguales, no admite séria discusion. ¿Quién puede ver más que pura analogía entre el predominio vascular de un embrión de 25 dias y el predominio vascular de un jóven de 25 años? Hay entre estos dos estados *analogía*, porque la dominante orgánica es la misma; no hay, empero, *igualdad*, porque todas las demás relaciones han cambiado de valor, y por lo tanto, no se puede decir que el sér ha vuelto al *mismo* estado. Esta ley podemos llamarla *ley de los estados homeotrópicos*.

Ahora, señores, provistos de suficientes elementos de método, entremos sin recelo, aunque con profundo respeto, en el sacro laberinto de la Historia, á fin de conocer cuál es la causa del mal contemporáneo. Para ello no necesitamos partir de muy léjos; bástanos revisar á largos pasos la marcha de las cosas desde los *buenos tiempos de la Grecia* hasta nuestros dias.

La civilizacion griega representa en el mundo el desarrollo de un grande interés moral, la *perfeccion específica del hombre*. Por la ley de la Hyperdinamia llevó la Grecia este natural deseo hasta la pasion. Faltábanle sin embargo al pueblo heleno tres elementos capitales; 1.º la verdadera idea de un *fin trascendental*, por lo que la Grecia hubo de atenerse á un programa exclusivamente terreno y, por lo tanto, vago y melancólico; 2.º la idea de la *Caridad*, por cuyo motivo la esclavitud fué la constante rémora de la nobilísima aspiracion griega, y 3.º la *dignidad del trabajo*, sin cuyo reconocimiento aquella civilizacion tenia cerrada la via del material progreso. Bastábale al heleno ser el hombre más bello, más fuerte, más sano y libre del mundo; era rico con estos cuatro elementos, porque no sentia necesidad de más, ni traslucia que más cupieran en su naturaleza.

Tras la civilizacion griega elevóse á la Hyperdinamia la civilizacion romana, la cual, absorbiendo cuanto á la Grecia sobraba de apasionada vitalidad invertida en un fin liberal, heróico é ingénuamente estético, lo aplicó al desarrollo de una idea característicamente política, es decir, de conveniencia y utilidad. Á las guerras épicas de la teórica Grecia sucedieron las grandiosas rapsodias de la práctica Roma; á la Metafisica constituyente de los sabios de aquella, el Derecho constituido de los legisladores

de ésta; al sensualismo ideal de Helas, la crapulosa concupiscencia de los hijos del Lacio. El cultivo de las artes políticas, jurídicas y militares recrecióse hasta la pasión; elevóse á su Hyperdinamia, llevando hasta los límites del orbe conocido el dominio de las águilas romanas; de esas águilas que sin moverse del sitio en donde la pasión invasora las enclavara, fuéronse convirtiendo en cruces por la virtud de los apóstoles y los mártires. Entre el calor del putrilago romano, nutrió el naciente Cristianismo sus altas virtudes; bien así como entre el estiércol del nido crecen inmaculadas albas palomas: nótese empero, que el Cristianismo, lejos de anonadar las civilizaciones griega y romana, contentóse con reducirlas á lo que en ellas vió digno de subsistencia; bien como justo reconocimiento del noble intento que en su principio las moviera. Así, bajo la tutela del Pontificado, fueron paternalmente respetados los legítimos derechos de aquellos sublimes menores, y cuanto de la era pagana vió Dios que era bueno, bueno quedó y permanente sobre la tierra.

Además, el Cristianismo, con todo y ser realmente obra divina, influyó sobre el espíritu social, acomodándose á los procedimientos humanos; de modo que, si por la energía de la Gracia pudo improvisar individuales santidades, no pretendió aplicar este procedimiento á los pueblos, sino que dejó que éstos por el naturalísimo proceder de aquella fuesen desenvolviendo los elementos de una Política evangélica. Así es que el esclavo no fué redimido súbitamente, sino que pasó de esclavo á siervo, de siervo á villano, de villano á proletario, y, hoy por hoy, el mundo todavía ofrece, desde el minero de Inglaterra al esclavo de Indias, todos los matices del humano abatimiento. Al trabajo le costó siglos llegar á ser admitido como elemento de dignidad personal y por lo que dice á la vida futura, nadie, al contemplar los estragos que la codicia, la ambición y toda suerte de malignos impulsos causaron en la edad media, podrá creer que los grandes de aquel tiempo tomasen la vida terrena como ante-purgatorio de la futura. Empero, en medio de aquella série de cataclismos, no tan tenebrosos ni bárbaros como generalmente se cree, logró el elemento cristiano tomar extensión, vigor y extrínseca forma orgánica, y arraigar el único poder, que por medios inmateriales ha domeñado la Tierra, obligando así al rey como al siervo, al sabio como al ignorante, al caudillo como al soldado á hincarse de ró-

dillas ante su Magestad. Los santos y los héroes formaron la aristocracia de aquel novísimo mundo, y así es que, al través de aquel período (que no llamaré de transición, porque cuanto más y mejor se le estudia, más claro en él resplandece un carácter propio), solo un elemento de la Redención, el misticismo, elevóse al estado hyperdinámico, y bajo su influencia y, por más que en la alta política de aquellos tiempos no siempre las obras arguyeran santidad, ello es que, entre las masas, la *tónica* de la edad media era la fé y su *dominante* el menosprecio de la vida terrena y el temor de condenación en la futura. Esta esplendidez mística imprimió carácter en la vida intelectual, hasta tal punto, que la Metafísica, no la Escolástica, llevada asimismo á la hyperdinamia, rebasó hasta muy allá sus naturales límites, invadiendo el terreno de la Ciencia de las cosas contingentes y dando lugar, con sus impertinencias y sus abigarrados y estériles procedimientos, á que los espíritus serenos entrasen en deseos de llegar á una Filosofía natural, experimental y fecunda. Por otra parte, el Divino Redentor no hubo de querer, ni dijo que quisiera, que los hombres borrasen de su espíritu el sublime instinto de sociabilidad que su Eterno Padre en ellos grabara, y pues todos anacoretas no habíamos de ser, porque Dios no lo quiere, debía la sociedad ó paralizarse, ó desenvolver los cristianos elementos de su fin terreno.

Llegadas, pues, las cosas á este punto, necesario era que entrasen á su vez en especial desarrollo las dos restantes fuerzas vivas sociales del Evangelio, á saber: la libertad por la caridad y el progreso por la dignidad del trabajo; y—¡cosa singular!—tan colosales proporciones habia alcanzado el Imperio romano en su exaltación hyperdinámica, que, al partirse en dos, nutrió primero con los despojos del de Occidente, el elemento individual ó místico de la Redención, y luego más tarde alentó con los restos esparcidos del de Oriente, tras la caída de Bizancio, los medros de los elementos sociales ó terrenos, *libertad y progreso*, que en la propia Redención se contenían.

Importa, sin embargo, no olvidar que si el semi-Imperio de Occidente murió casi pagano, el semi-Imperio de Oriente expiró converso, y que cristiano fué, por lo tanto, el hálito que de su último suspiro llegó al rostro de la católica Italia, despertándola, pero con tan animado despertar, que ha merecido la calificación

de *Renacimiento europeo*. — Y hémos aquí llegados al *punctum saliens* de este Discurso.

Detengámonos, pues. Consignado queda que, por la ley de la Hyperdinamia, los elementos sucesivos de la civilizacion se desenvuelven por tendencias opuestas; de donde resulta que el hecho de ser la Edad media y la moderna dos sucesivos períodos de civilizacion cristiana, no salva á estos dos períodos de estar en oposicion, toda vez que el elemento que el segundo desenvuelve, forma la sucesion natural del que el primero desarrolló. Consideremos, además, que en esta oposicion reside la causa moral de todas las hyperdinamias sociales, que estas hyperdinamias se revelan en la Historia por una pasion dominante en cada época, y que, siendo toda pasion una funcion formalmente mala de un elemento esencialmente bueno, hemos de hallar en el fondo de la hyperdinamia moderna (como halláramos en el de todas, si el caso lo exigiere), un bien en la esencia y un mal en el procedimiento.

Examinemos, por tanto, estas dos ideas «*libertad y progreso*» ideal de medio mundo, terror del otro medio y fuerza viva que impele al mundo entero.

El espíritu dominante de los modernos tiempos, desde el Renacimiento acá, busca *para todos* la libertad como un medio, la perfeccion natural como un fin, el bienestar como un premio.

Por de pronto, la tendencia al bienestar no es ni virtuosa ni vituperable; con decir que es tendencia nativa, esencial, independiente de la voluntad, no hay para que atribuirle ni mérito ni pecado; la ocasion la facilita ó la dificulta: el preso que brega por escapar de su cárcel, ni cumple con un deber, ni incurre en moral delito; cumple con su naturaleza y nada más: en el propio caso que el preso, con relacion á su libertad, están todos los hombres con relacion á su dicha, la cual es para ellos la ecuacion de su naturaleza y su existencia. Reconozcamos, sin embargo, que la tendencia á la felicidad, aunque no sea mala ni buena en el orden moral, es buena en el orden natural, porque es fuerza viva del mismo Creador trasmitida á toda criatura.

Además, la creacion, con relacion á Dios, es una vision serena, tan distante de la alegría como del llanto, y cuando á Él mismo plugo concedernos una vida terrena, á título de Gymnasio de virtud, no solo dió por buena la existencia, sino que nos prohibió

atentar á ella por respeto á Él, por amor al prójimo y por bien de nosotros mismos. Lleva, pues, el hombre, como parte integrante de su destinacion, un fin terreno, íntimamente ligado al de la Sociedad, para la que no hay ni cielo ni infierno, y á quien cedemos todos una parte de nuestra libertad en cambio de los medios de perfeccion, que de ella hemos recibido. Siendo esto así, como es, si cabe ser dichoso y bueno á un tiempo, cabe tambien ser santo sin ser mártir, y muy léjos están de presentarse incompatibles la vida terrena y la futura vida, puesto que la perfeccion social y la responsabilidad moral están en razon directa y sí mayor es en cada hombre ilustrado la ocasion de merecer, á mayor número de hombres ha de extenderse este beneficio, al compás que la civilizacion de los pueblos se desenvuelve. Es, pues, la sociedad un sér que, aunque privado de futura vida, proporciona á sus miembros un medio de perfeccion, y, en este sentido, procurar el desenvolvimiento terreno de nuestro sér es cumplir nosotros y ayudar á los demás á cumplir más altos fines; con lo cual se demuestra que el espíritu moderno, al buscar la perfeccion terrena, busca un bien moral. Bajo este punto de vista constituye la época moderna un verdadero período *homeotrópico* de la época griega: el rasgo semejante lo constituye el ideal del desarrollo terreno, el alcance de la perfeccion especifica natural; la exacta ecuacion de nuestras potencias y nuestros actos: el rasgo diferencial lo establece el espíritu cristiano. Los tiempos no son los mismos; la vida helena constituia el fin de sí misma; la vida cristiana no puede ser más que un medio para alcanzar otro fin: hoy se trata de desenvolverse, no ya al ciudadano *de casta*, ó libre de abolengo, hasta la plenitud de su sér; se trata de procurar igual desenvolvimiento, por la caridad, á todos los individuos de la humana familia: se trata de lograrlo, no con la estrecha mira de patria, sino con el grandioso intento de que todos los hombres podamos llegar á ser lo que Dios quiere que seamos, lo que ántes de la caída fuimos, tipos excelsos, solo capaces de gozarnos en el bien. Más breve: la Civilizacion moderna es la *Civilizacion griega en gracia de Dios*; no acierto á condensar más mi pensamiento.—¿Habrà, por tanto, quien sostenga que el nuevo elemento constituye un mal en sí? No; *libertad y progreso* son elementos de perfeccion moral.

No pudo sin embargo este doble elemento, con todo y la no-

bleza de sus fines, sustraerse á la ley de las exaltaciones hyperdinámicas; y conforme Grecia se apasionó por la *Belleza*, Roma por el *Dominio*, y la edad media por la *Beatitud*, el moderno mundo, buscando como ellas la felicidad, ha puesto su corazón en la *Riqueza*. Peregrino mecanismo que, encomendando la trayectoria del progreso al *concurso del bien y del mal*, lega tras de cada exaltación á las nuevas generaciones un remanente de depurado bien á perpétuo vínculo; instituyendo á Roma por heredera de Grecia, á la nueva cristiandad por heredera de Grecia y Roma y á los pueblos modernos por hijos de las tres, y obligados á traspasar á nuestros descendientes la Filosofía, el Arte y la Gimnástica fisco-moral de los helenos, la Política y el Derecho de los Romanos, la Fé, el Heroísmo y el Honor de los proto-cristianos y las Ciencias, las Industrias, la Crítica y el enorme Capital, en fin, que componen nuestro propio peculio.

Ocioso es investigar por qué el error ha de representar tan esencial papel en el desarrollo de cada elemento de la Civilización total, provocando en los pueblos que la elaboran una hyperdinamia en forma de extremosa pasión; inútil pretender inquirir qué secreto intento entrelaza, en cada época célebre, la gloria de un gran principio y la ignominia de un grave error. Descubrir científicamente la razón ética de esa intervención del mal positivo en el progreso del humano linaje fuera temeridad; criticar esa intervención fuera insensatez palmaria. La razón de estas cosas se oculta en Dios; á la humana ciencia solo incumbe analizar la complejidad del fenómeno y presentar á los hombres su neta realidad, á fin de que puedan hacer de su conocimiento una aplicación digna y provechosa.

Interesante habia de ser, por todo extremo, inquirir cuál ha sido, en cada exaltación hyperdinámica del desarrollo histórico, la influencia de su respectivo error moral en la salud y longevidad de los hombres de la época. Formaría este estudio una Historia de las afecciones sociales por causa moral ó *apodémica*, que pudiera completar el levantado fin que impulsó al Dr. Anglada de Montpellier á escribir una Historia de las afecciones sociales por causa física ó epidémica ^(b). Dejando, empero, este peso para

(b) Charles Anglada—*Étude sur les maladies éteintes et les maladies nouvelles, pour servir à l'histoire des évolutions séculaires de la pathologie*.—Paris 1869.

hombros más fornidos que los míos, reduciréme á las solas exigencias del tema, esto es, á investigar las formas de error que impurifican el bien real de nuestros tiempos.

A principio del siglo XVI, las aguas puras del Renacimiento se mezclaron con las muy turbias de la Reforma: desde entónces entrambas aguas han descendido juntas, haciéndose de día en día más íntima su mezcla.

El curso combinado de esta mezcla constituye la dirección *real y efectiva* del titulado Progreso moderno, el cual trae del Renacimiento su *principio* y de la Reforma su *tendencia*; habiendo sucedido, como era natural, que, en esta íntima compenetración, si la Reforma ha desviado á la Ciencia, ésta en cambio á su vez ha precipitado á la Reforma, de modo que tan pronto esta hubo declarado independiente la moral y negado, por tanto, al Derecho la alteza de su principio, fundándole en la exclusiva consideración de *utilidad*, apresuróse la fascinada Ciencia á legitimar por sedicentes demostraciones este paso de la Reforma; con lo cual esta á su vez, en vista de ello, depuso todo remordimiento. El resultado de tal reciprocidad de atenciones ha sido que el hombre, contemplando la terrena vida, no como un fin segundo, sino como un fin exclusivo, en vista del divorcio entre el derecho y la moral, y considerando que la moral personal no obliga tan siquiera al sugeto mismo, mientras que el derecho, con ser utilitario, obliga á los demás á hacer plaza al derecho propio, ha convertido el suave sentimiento del *deber de perfeccionarse*, en la adusta persuasión del *derecho á enriquecerse*. Este trueque de registros morales, tan sencillo en su origen cuanto complejo en sus resultados, ha producido en todos los hombres la exaltación ó hyperdinamia de la idea de bienestar, convirtiéndola en fiebre insaciable de riqueza; fiebre que ha traído por inevitable cortejo la degradación de los caracteres y la debilitación de la caridad. Ahora bien, señores; suponer que sin caracteres y sin caridad es posible la salud de un pueblo, es divorciarse á un tiempo de la razón y de la experiencia: por grandes que se supongan y sean los elementos de bienestar de una sociedad, que en tales faltas incurra, siempre ese bienestar será contrariado por la suma de gravísimos errores de conducta, que de ellas necesariamente han de nacer, y los errores del alma tarde ó temprano se convierten en dolencias del cuerpo, es decir, en causas

de enfermedad y de muerte; y, en este particular, lo que la razón induce, la experiencia lo comprueba.

Servíos ahora, señores, integrar la cuestión; imaginar «la función formalmente mala del elemento esencialmente bueno» de nuestra civilización en conjunto, y os hallareis en el punto transitivo de la investigación del mal moderno al estudio del mal en sí; ó, en términos médicos, de la Etiología á la Fisiología patológica de la vida moderna.

III.

Al penetrar en este nuevo laberinto, procuremos no se nos suelte de las manos el ovillo de Ariadna: si método requirió la excursión histórica, que felizmente concluimos, método exige la indagación psicológica que ahora comenzamos.

Séame, pues, lícito establecer ante todo una serie de verdades, que nos sirvan como instrumentos de análisis.

Indudablemente el programa de todos los siglos es, en su fondo, idéntico; la felicidad; mas este programa, que la sociedad escribe en la tabla rasa de nuestra innata tendencia, cambia su dictado, según los siglos modifican la capacidad de los pueblos para concebirle. Distínguese, pues, en cada época su especial programa, no por el fondo, sino por la forma de su enunciación, y hoy la sociedad escribe en el *Album* de nuestra conciencia la palabra «RIQUEZA.» Añádase á esto la consideración de que hoy este programa está escrito en todos los corazones, es comprendido por todos los entendimientos y eficazmente aceptado por todas las voluntades y se tendrá cabal idea de la naturaleza, la vulgarización, la claridad y la intensidad de esta tendencia.

Para satisfacerla suministra la sociedad á cada cual la libertad en el desarrollo y la dignidad en el trabajo; es decir, cuanto civilmente le puede dar; constituyendo la libertad el continente y el trabajo el contenido; la libertad, la capacidad, el trabajo la efectividad del desarrollo humano.—Y viene el hombre, y al contemplarse en el espacioso seno de su libertad, cual embrión en la capacidad del huevo, exclama para sí: «Yo quiero ser para po-

der; quiero poder para obtener; quiero obtener...¿para qué?... Aquí el que excepcionalmente vive subordinado á la moral imperativa, dice: *quiero obtener, para llegar á la perfeccion;* el que, segun la regla, solo depende de la moral orgánica de sus deseos, dice: *quiero obtener para gozar.* Ante esta dualidad de propósitos finales bien podemos, como médicos, prescindir de ocuparnos del que vá derecho á la perfeccion: pues quien bien anda, bien acaba.

Reducida, por tanto, nuestra tarea á la investigacion de los males que de la segunda tendencia se originan, permitidme que funde en la análisis de esos tres procesos lógicos, considerados como tres estallidos de la sensual apetencia, el método más legítimo para llegar á un resultado claro, cierto y preciso.

Quiero ser para poder: — Todo cuanto tiene de respetable quien ajusta sus deseos á su intrínseco valer, ó en términos cervantinos, quien no gusta de alargar la pierna más de lo que alcanza la sábana, tiene de ridículo aquel que se empeña en parecer más de lo que es: para éste habló Iriarte cuando dijo:

«aunque se vista de seda
la mona, mona se queda.»

El fondo de ese ridículo consiste en una falta de sentido común. En efecto requiérese no poca insensatez para pretender en serio dar más que lo que se tiene, hacer más que lo que se puede, tener más que lo que se vale. *Ser* y *poder* son dos cosas que existen siempre en ecuacion perfecta, y tan primordial, tan de buen sentido es la verdad de que en toda cosa la potencia y la sustancia son proporcionales, que nadie podrá creer en el orden físico que un caracol tire de un carro, ni en el orden moral que un ignorante domine á un hombre culto. Mas la pasion, cuyo hálito empaña fácilmente el claro espejo que en nuestra conciencia reverbera estas obvias verdades, arrastra al hombre á obrar cual si no las conociera, y, en el caso concreto que nos ocupa, sugiérole el empeño de sustituir al *ser* el *parecer*, confiando en que el mundo, engañado por las apariencias, le concederá un poder

proporcional á ellas, no á su real sér. El negocio no puede en verdad presentarse más lucrativo: llegar á *poder*, y en consecuencia á *obtener* y á *gozar*, sin pasar por las molestias de cultivar y robustecer el *sér* propio, es decir, de contraer méritos al goce, es una economía fabulosa y, por lo mismo, una tentacion irresistible. Mas como *lo que no puede ser, no es*, como el mundo no da nada por nada, como á estas palmarias verdades no hay que darles vueltas, siempre resulta una de dos: ó que el poder que se anhela no se alcanza, en cuyo caso lo que aviene es un quebranto de ambicion, ó que se alcanza, en cuyo supuesto algo habremos dado en cambio del poder que hemos adquirido; porque las apariencias de poder no son en la práctica cosas metafísicas, sino objetos que tienen fijado precio en el mercado; objetos reductibles ó á insignias de autoridad ó á material de riqueza, y en la mascarada del mundo estos disfraces de Marco Antonio y de Crespo cuestan muy caros de alquiler. Pero y ese alquiler ¿de dónde sale? ¿con qué se paga, no poseyendo intrínseco valor, el alquiler de la mentira? ¿Con qué? con lo único que halla á mano quien pretende anticipos de consumo sin ánimo de producir: con pedazos de sí mismo, con girones de su honra, cambiando la dignidad de su sér por la utilidad de lo que anhela.

Hé aquí, señores, la fórmula de lo que llamaré la prostitucion neutra, anafrodita, tan generalizada en los modernos tiempos: prostitucion la llamo, sí, y ruégoos, señores, no me tomeis el término en sentido retórico, ya que á la misma mujer no os atreviérais vosotros, ni habia de atreverse la ley á llamarla prostituta, solo porque ceda sus favores, ora por amor, ora por mera lujuria, sino en tanto que los ceda cambiando su dignidad por un objeto útil, ó convertible en valor económico. Si pues esta es la esencia de la prostitucion femenina, bien claro se ve que no es femenina la esencia de la prostitucion, y por esto no considero la venta del pudor sexual sino como una de tantas especies de la prostitucion moderna, de esa prostitucion, que tiene por motivos todos los deseos, por funciones todas las flaquezas, por afiliados todos los sexos, edades y condiciones sociales y por formas ostensibles la política y el lujo.

Cuán frecuentes son en nuestros tiempos esos anticipos de poder ó de riqueza, bien lo veis todos; ¿queréis; sin embargo, que os indique cuál es el instrumento apropiado para valuar

á la gruesa el número de hombres cuyo poder, cuya fortuna escandaliza al mundo? pues ahí teneis la Internacional; esa asociacion organizada por los que, con valer muy poco, tienen aún mucho ménos que lo que valen, contra no pocos que valen mucho ménos que lo que tienen; ahí la teneis á esa sociedad, nacida del curso natural de las cosas, y cuyo ciego encono contra la política y el lujo no la permite percibir distintamente lo que hay de indestructible en el derecho público, ni lo que hay de sagrado en la legítima riqueza.

Mas lo que quizás no habreis analizado es la suma de elementos de daño, que la generalizacion de esos hábitos esconde.

Reparad, en primer lugar, que esa prostitucion neutra, sin sexo, que vá de una alma á otra alma, sin que el carnal comercio constituya su esencial ocasion, de un solo golpe malea dos conciencias, rebaja dos caracteres, prepara dos criminales y amaga á diversas víctimas, entre las que no es raro contar á los criminales mismos,—y que *todo ello es gérmen de enfermedad y de muerte prematura.*

Observad, en segundo lugar, que como en verdad no es posible medrar sin trabajar, porque no es posible moverse sin mantenerse en ejercicio, resulta que el sostenimiento de un poder ó de una riqueza superiores al valer de quien los obtiene, no supone falta de actividad, sino mal empleo de ella y que, en consecuencia, el individuo invierte en el mal una cantidad de trabajo que, dedicado á honesta industria, le granjeara aquel bienestar positivo, que nace de la justa relacion entre lo merecido y lo obtenido:—y de ese vicioso obrar, de ese *labor contra naturam*, nace otro *gérmen de enfermedad y de muerte prematura.*

Reflexionad, en tercer lugar, que el mal se hace efectivo traduciéndose en maldades y estas encarnándose en otras tantas víctimas, y echareis de ver en cada víctima un estrago moral y en cada estrago moral otro *gérmen de enfermedad y de muerte prematura.*

Pues, bien: dos importantes grupos de causas de enfermedad y motivo de prematuro fallecimiento se nos presentan en la práctica; como consecuencia de esa malhadada aberracion moral de preferir el *parecer* al *ser*, para *obtener* pronta y fácil *riqueza.*

Componen el PRIMER GRUPO la fatiga inherente al sosten de

una posición superior á las propias fuerzas, el temor de la justicia humana y el terror de la propia conciencia en funciones de voz de la justicia divina. Grande es el número, mucha la variedad de estragos orgánicos que estas tres causas, singular ó conjuntamente, producen, y entre ellas citaré las enajenaciones mentales, el suicidio, el reblandecimiento cerebral, muchas neurosis compatibles, para mayor tormento, con la conservación del juicio, varias afecciones agudas y crónicas del corazón y no pocas del aparato digestivo, señaladamente del hígado y del estómago; componiendo la suma de estados valetudinarios y de muertes prematuras, originadas por el concepto que nos ocupa, un respetable contingente de los Cuadros generales de sanidad y de mortalidad, sobre todo en los pueblos meridionales.

Comprende el SEGUNDO GRUPO la suma de sacudimientos morales, que en el ánimo de los buenos determina el hecho de verse víctimas de agra iniquidad. Recordad, experimentados colegas míos, aparte los estragos fulminantes, que la contemplación de la propia ruina en muchos causa, recordad, insisto, aquellas fiebres sub-agudas, varias en su forma, gravísimas en su esencia, solapadas en su marcha y propendentes á terminación fatal, ya pasando á consuntivas, ya degenerando en tifoideas, y que reclaman un tratamiento profundamente hipocrático en su principio, sintomático activo en su estado y heroicamente crítico hácia su terminación; fiebres que, ántes bien que enfermedades nosológicamente clasificables, constituyen el colapso subsiguiente á un vivo y duradero espasmo fisiológico, determinado y sostenido por una afección moral; colapso orgánico con el cual llega áun á coexistir la pena del alma, porque no puede el organismo mantenerse en contractura tan largo tiempo como el alma en aflicción; colapso desordenado y peligroso que, por la subsistencia de la pasión misma de espíritu, no puede tomar dirección segura, ni solución plausible, como no sea acompañándole el Arte con discretísima solicitud; colapso, en fin, cuya declaración no causa estado hasta meses después de recibido el golpe moral; por cuyo motivo, por el hecho, queridos colegas, de mediar tan largo espacio del golpe al cardenal, exige del médico que ha de inquirir su causa una extrema perspicacia. ¡Oh! ¡cuántos centenares de casos pudiéramos, sin vejar nuestra memoria, citar aquí los médicos en este lugar reunidos, si fuera este el momento oportuno

para catalogarlos! Y gracias áun, en medio de todo, que las víctimas de tan fieros golpes, al paso que suelen ser bastante honradas para no merecerlos, suelen asimismo poseer bastante virtud para no hacerse justicia por su mano. ¡Qué desolador cuadro no habia de ofrecer la sociedad moderna, si á la ruina de cada hombre de bien hubiese de seguir el asesinato del malvado que la causa!....

He aquí, Señores, los graves males físicos que engendra el error en el primer proceso, ó del *ser* al *poder*; veamos ahora los que origina el segundo.

Quiero poder para obtener. — Los elementos que efectúan nuestra general relacion con el Mundo son la *sensibilidad* y el *movimiento*, y como quiera que la riqueza no es más que uno de los aspectos de esa relacion general, redúcese todo el mecanismo del desarrollo económico á un sistema de sensaciones y movimientos, encaminados al logro de nuestra perfeccion. Y aunque en materia fisiológica no siempre es discreto referirse á principios absolutos, diré, sin embargo, por punto general, que á las funciones fisiológicas de sensibilidad corresponden las operaciones económicas del consumo, y á las fisiológicas de movilidad las económicas de produccion. Por otra parte, si un exámen superficial de los actos sensitivos induce al error de que hay en ellos verdadera pasividad, una profunda observacion de los hechos nos demuestra que el sentir, lo propio que el moverse, consumen fuerza y que en todos los casos los gastos de ambas funciones son proporcionales. Esta ley orgánica facilita el comprender la estrecha analogía fisiológica, que enlaza dos operaciones económicamente tan opuestas como son la produccion y el consumo. El trabajo (movimiento) puede no ser un goce; pero el goce (sensacion) es siempre un trabajo; luego la Fisiología identifica lo que la Economía política contrapone, y este hallazgo nos da el rastro de una gran verdad y es, que la perfecta armonía funcional está en la exacta ecuacion entre lo que el individuo trabaja y lo que goza; ó en términos económicos; que la Riqueza no consiste en la posesion de los bienes, sino en su natural obtencion por el trabajo; ó en términos éticos; que la ociosidad del

rico embrutece tanto ó más que la del pobre; ó en términos propiamente médicos; que la concentración de la vida en la sensibilidad embota á ésta por agotamiento y enerva el movimiento por inacción, y en consecuencia, quebranta la salud, porque rompe la armonía.

Sentadas estas verdades fundamentales, y puesto que en rigor científico todo acto de consumo debe ser considerado como CONSECUTIVO y EQUIVALENTE á un acto de producción, reduzcamos la idea sintética de OBTENER (*producir y consumir*), á su elemento primordial *producir* y estudiemos sucesivamente la producción en su *calidad*, en su *método* y en su *ritmo*.

La bondad de un producto de la industria no siempre trasciende á su aspecto: la humana inteligencia, puesta á sueldo de la maldad, acierta á mantener el buen aspecto del producto, vaciándole, por decirlo así, su bondad intrínseca; bien como á fuerza de ingenio se puede lograr dejar fuera una nuez, rellenándola luego de cualquier cosa que haga el peso y encubra el artificio. El resultado de esta ruina industria se llama sofisticación ó falsificación, según los grados y modos de mentir de sus productos; sugiérole la codicia por acto de solitaria deshonra; foméntala el ciego anhelo del consumidor por obtener barato lo bueno (cual si esto fuera posible) y son emporio y fábrica de esa maligna producción los grandes centros de la moderna cultura. La idea de producir como dos y ganar por cuadro es tentadora, y más tentador aún el ejemplo del sinnúmero de productores cuya conciencia, convertida por el vendabal de la codicia en un desierto de vergüenza, ha llegado á transformar esos hábitos de tentación en una segunda naturaleza. No ya los productos, sino hasta los puros inmateriales servicios llevan los gérmenes de esa carcoma, que roe el fondo de su bondad y, en este punto, el mal es tan general y progresivo, que para mí tengo que un día la Administración pública ha de verse obligada á hacer con el vicio de sofisticar lo que el gobierno de los Faraones hubo de hacer al fin con el robo: reglamentarle. En nuestros días se sofistican el consejo, se sofistican el servicio, se sofistican la administración, se sofistican el gobierno del Estado, se sofistican las primeras materias alimenticias, se sofistican los remedios, se sofistican hasta la caridad y no

parece sino que medio mundo se ha empeñado en emponzoñar la sangre y la conciencia del otro medio.

Ahora bien, si difícil nos había de ser á los médicos presentar la prueba directa de la influencia, que las sofisticaciones y falsificaciones ejercen en la salud, fácil nos es presentar dos pruebas indirectas: la primera de puro razonamiento, ó que á priori convence y es que, arrojando la vida orgánica un resultado exacto del valor de cuanto en ella influye (*«constat iis quibus nutritur corpus»*),—pues otra cosa no puede arrojar,—es indubitable que tan general sofisticacion y falsificacion ha de afectar en cantidad y calidad nuestras fuerzas vivas, ora determinando enfermedades, ora estableciendo suma disposicion á contraerlas:—la segunda prueba, experimental ó á posteriori, y es, que cuantas veces sustraemos un individuo al influjo de esas causas, reponiéndole en el uso de buenas materias primeras (así morales como físicas), otras tantas sana ó siquier mejora, si está enfermo, ó se fortalece, si solo está predispuesto á enfermedad.

En suma: yo creo firmemente que el fondo *asténico* y *adindámico*, que preside á la patología de los grandes centros de poblacion, débese, en parte, á ese torpe vicio de la sofisticacion de los productos. En esto y en que la sofisticacion del material terapéutico es causa de que no pocos enfermos, que pudieran sanar, sucumban, creo que estaremos conformes todos los médicos del orbe.

En punto al *método* de la produccion, el mal de que adolece la moderna vida no es hijo de mala fe, sino del olvido de la caridad y la salud tras el afan de perfeccion y baratura. Refiérome á las exageraciones en la division del trabajo. Que esta division, considerada en principio, es el medio material de perfeccionar y abaratar los productos, no hay quien intente negarlo. Anatómico soy, y en mis estudios de la economía orgánica no solo me complazco en admirar el desarrollo de este principio, desde las plantas criptógamas hasta el hombre inclusive, sino que, además, reconozco que el grado de division del trabajo es la marca de la gerarquía meramente animal, y que, sin la condicion previa de esta maravillosa division en lo que llamaré la industria de vivir, no podria nuestra corpórea fábrica ser residencia de nuestro superior espíritu. Pero en cambio reclamo que todo el mundo tome

en cuenta dos principios más; uno fisiológico y otro moral, que, unidos al de la division económica del trabajo, ajustan las razonables condiciones del método en la produccion. El principio fisiológico consiste en que, siendo la salud el resultado de una armonía orgánica, dañoso debe de ser condenar al individuo á un servicio inarmónico; y este daño procede de tres causas íntimamente enlazadas, á saber; una la excesiva actividad del aparato ú órgano laborante, la cual determina la irritacion de éste por exhaustion, otra la excesiva quietud de los órganos ó aparatos que quedan sedentarios, la cual produce la irritacion de éstos por inaccion; otra, en fin, que es la desarmonía *en sí*, como fenómeno de conjunto, que se manifiesta por la total irregularidad fisiológica del individuo. Ahora bien; si ex. gr. el letrado, irritando su cérebro por la fatiga y su vientre y extremidades por inaccion, en un modo y grado que, hasta cierto punto, puede él compensar á favor de horas de esparcimiento y ejercicio de que su condicion le permite disponer, siente afectados á la corta ó á la larga los dos polos, positivo y negativo, de su actividad y siente además, como resultado integral, aquel vago malestar que emana de su total desarmonía, ¿qué podremos esperar, qué no habremos de temer que sufran las infelices víctimas de la trituracion del trabajo; esos miserables proletarios de todo sexo y toda edad, que se levantan á las cuatro de madrugada y hacen dos leguas de camino para ir al taller, unos á limar tachuelas, y no más, otros á echar nudos, y no más, otros á conducir mechas, y no más, otros á remachar rosetas de abanicos, y no más, otros á vigilar batanes de vapor, y no más, en medio del aturdidor estruendo y la sempiterna trepidacion de la fábrica, sin otro descanso que el suficiente para la comida y luego vuelta á lo mismo hasta el cerrar de la noche, para de allí volver á echar sus dos contra leguas de regreso, llegar á las nueve, cenar enseguida y luego al punto acostarse con el cuidado de volver á despertar á las cuatro para repetir la historia del dia anterior? ¡Oh! la enorme desproporcion, que áun existe entre la mortalidad de los pobres y la de las gentes acomodadas, débese en gran parte á esa lima sorda, que desgasta la existencia en los primeros, desequilibrando su naturaleza hasta un extremo, que causa compasion á quien de cerca la observa. ¡Oh gentes cultas, dadas á liberales oficios, en medio de vuestra activa y laborante vida, acosados por

el malestar, sujetos á mil formas de padecimientos debidos al exceso de vuestro trabajo y á lo deleznable del sùtil òrgano de la inteligencia, que de continuo ejercitais, no envidieis al proletario, no exclameis: «¡cuán dichosos mortales, que en medio de su fatigada vida se mantienen sanos y fuertes!» no lo digais, por misericordia; ántes que tal exclameis, visitadles, observadles, estudiad de cerca sus infinitas dolencias, ora en los hospitales, ora en los antros de sus desmanteladas é insalubres viviendas, quebrantados, desvalidos, agotados; no confundais la fuerza muscular con la verdadera fortaleza armónica, ellos levantan ó arrastran más quintales que vosotros, si; pero sus entrañas están, más aún que las vuestras, heridas de muerte, y en las entrañas, no en la musculatura ni la osamenta, es donde naturaleza marca las probabilidades de vida de cada hombre. Ved sino las estadísticas comparadas de los barrios pobres y los acomodados, y aún reflexionad que la comparacion por barrios dista mucho de dar toda la verdad; pues, como atinadamente observa Kolb^(c), ni los barrios de pobres están habitados solo por pobres, ni los de ricos solo por ricos, ni dejan éstos de pagar á la mortalidad un notable contingente por razon de los excesos á que la misma riqueza brinda. Yo bien sé que esta diferencia de mortalidad depende de muchas causas; pero sé tambien que la exagerada division del trabajo es una de ellas, como lo prueba el aspecto patológico característico que muchos proletarios ofrecen, á guisa de marca gremial, que nos revela su respectiva industria y nos permite augurar la enfermedad á que sucumbirán.—El segundo principio que limita el de la division del trabajo es de carácter moral. ¡No es un dolor ver que la máquina, apropiada al nobilísimo fin de elevar la condicion del proletario moderno muy por cima de la del antiguo, venga en definitiva á ponerle en condiciones inferiores á las de éste y aún á las de la máquina misma que maneja? ¿A qué tanta invencion maravillosa, traída de intento para ennoblecimiento del hombre, si ese hombre queda

(c) J. Friedr. Kolb—*Culturgeschichte der Menschheit*—T. I. p. 14.—V. para multitud de preciosos pormenores, acerca de la vitalidad comparada de los ricos y los pobres, los trabajos de Benoit, Morgan, Casper, Quetelet, Villermé, Ebrington y el *Handbuch der vergleichenden Statistik* del mismo Kolb.

reducido á nacer, crecer y degenerar vigilando los movimientos de un autómeta, ó acabalando, por arte estúpida y sencilla y monótona, los productos de ésta, para luego al morir dejar en pos de sí una prole destinada á más arrastrado porvenir, si mayor progreso la industria realiza? ¿Porqué no han de confiarse al hombre cuidados y trabajos más complexos en que sus facultades y fuerzas actúen en mayor concierto, en que su espíritu se contemple más artista, más creador, más productor, más noble, en fin, y digno de sus destinos? Tratándose de trabajos tan elementales, tan sencillos y fáciles de ejecutar á perfeccion, ¿porqué no se adiestra al proletario en el desempeño de varios de ellos sistemáticamente relacionados, de manera que en vez de ser como hoy esclavo de un autómeta, sea de verdad el tutor y el guia de varios de éstos, ora simultánea, ora sucesivamente? En esta petición me declaro irreductible; yo quiero ilimitada para las máquinas la division del trabajo; pero reclamo para el hombre un límite racional en la division de su labor. ¡Ah! el sentir social de los tiempos presentes se inclina á los paliativos empíricos, al empleo de los narcóticos á todo trance, á la cohibicion de las quejas dejando subsistente el dolor; yo, á fuer de médico, estoy por las curas radicales y el precedente práctico de tales curas es la ingénu y completa manifestacion del mal.

No extrañeis, pues, que libre de compromisos hable aquí sin ambigüedades: la razon práctica ha establecido sabiamente la division del trabajo; la pasion económica la ha llevado á un extremo brutal; solo la caridad, redimiéndola del cautiverio de la codicia, puede poner en definitiva armonía los tres fines moral, higiénico y económico del trabajo humano; y pues el objeto final de la division de éste no es solo la máxima perfeccion y el mínimo coste del producto, sino el más expedito logro de nuestro fin moral, y el hombre no se define *un sér nacido para comprar barato*, sino un sér nacido para merecer, vicioso debe de ser el sistema productor que pone á la mayoría de los consumidores por debajo de la categoría de *hombres*. Por fortuna nótese ya entre los espíritus más influyentes de la alta industria una reaccion positiva en este sentido. ¡Ojalá que en él se persevere!

Por lo que toca á su *ritmo*, la produccion ofrece para todos tiempos y lugares un fidelísimo metrónomo en el paso del hom-

bre por la vía pública. En efecto, el movimiento de traslación de los habitantes de un pueblo dado, tomados en conjunto, es, y debe necesariamente ser, proporcional á su producción; pues aunque no siempre constituya acto productor directo, establece por lo general el acto unitivo, ó de enlace, entre dos funciones económicas, de suerte que, en este concepto, podemos decir que el ritmo circulatorio de la población es, en una ciudad, el signo de su ritmo productivo, de la propia manera y por las mismas razones que el ritmo circulatorio de la sangre (pulso), lo es en el cuerpo humano de su ritmo funcional. Obvio resulta por tanto, que el compás de la producción moderna es muy acelerado, ya que la traslación, así del hombre como de su puro pensamiento, se verifica con una velocidad que por años aumenta. ¿Cuál es la causa oculta de esta rapidez productiva? ¿Pasa esta rapidez de los límites fisiológicos? Espero dar á estas dos preguntas cumplida contestación.

La causa de la creciente fiebre productora de nuestros tiempos reside en la progresiva dificultad de realizar cada cual su fin, que es la riqueza. Á medida que en el mercado cada objeto de consumo se abarata por los adelantos de la industria, surge en la conciencia de cada consumidor la voz de nuevas necesidades y acrecen las pretensiones de todas ellas á lo exquisito; de suerte que, mientras el precio de cada cosa baja, sube el presupuesto del coste de la vida en conjunto, porque el sujeto necesita más y más excelentes cosas; y como por otra parte de día en día se acentúa en las clases proletarias la necesidad de mayor jornal, por efecto de que el proletario á su vez experimenta, como es de suponer, el alza progresiva de sus aspiraciones y del precio total de subsistencias, resulta que, aunque á la verdad sean las clases pobres las que en definitiva pagan la carestía que el aumento de sus mismos salarios produce, esto no impide que el capital total de la humanidad baje incesantemente de valor, al compás que el coste total de su consumo sube en precio, viniendo, en último término, cada cual á saldar con el aumento de su actividad la baja de valor, que su capital de continuo experimenta.

Á la segunda pregunta contestaré que sí; que hoy el ritmo del trabajo pasa de los límites fisiológicos. Para esta valuación tiene la Fisiología una base de juicio muy concreta. Tomando por

tipo del normal funcionar el trabajo equivalente á la espontaneidad funcional de un dia, hallo, de una parte, en un dia de absoluta inaccion la unidad de causa de enfermedades por orgasmo pasivo y, de otra parte, en un dia de ejercicio equivalente al doble de la apetencia espontánea de accion, la unidad de causa de enfermedades por orgasmo activo. Ahora bien; innumerables son las personas, que cada dia concluyen su trabajo completamente exhaustas de poder orgánico, hasta aquel punto en que el individuo, al través de su pasion por el negocio, contempla su plan de actividad del dia siguiente con irreprimible terror, cual si la íntima voz de su profundo cansancio le adviertiera que lleva gastada ya hoy la fuerza productora de mañana. Siguiendo con este ritmo el organismo va aglomerando, dia tras dia, nuevas unidades de causa morbosa por orgasmo activo ó enervacion; y como quiera que en el cuerpo, lo propio que en el mundo, ninguna causa se anonada, ninguna influencia se pierde, llega un momento en que esta suma de similares causas se hace efectiva, y, cual en otoño los vapores elevados por el constante ardor de la canicula se enfrían, se aglomeran y en deshecha tormenta desatan truenos, rayos, mangas y pedriscos sobre la cosecha del inocente labrador, así descarga sobre las indefensas entrañas del individuo, y no siempre en el otoño de su vida, la tempestad de fatigas preparada por los rigores y demasías de la excitacion productora. Los casos de enfermedad y muerte prematura ocurridos por esta causa son frequentísimos, y lo peor es que ese vértice arrastra no sólo á los que llevan agitada la vida por ambicion, sino tambien á muchos que, no sintiendo la tiranía de ésta y mal de su grado, se ven obligados á sostener el ritmo que el solidarismo social del siglo les impone. Los reblandecimientos cerebrales, las apoplegias lentas progresivas, las afecciones atónicas del sistema muscular, así del de relacion como del visceral ú orgánico, y las calenturas adinámicas, constituyen el más frecuente resultado patológico de este abuso en el ritmo productivo.

Podrá, á pesar de esto, algun espíritu curado de aprensiones objetar que la vida es nuestra dotacion natural y que, siendo el total vivir resultado del total empleo de este don, así podrá haber quien halle más razonable el disfrutar pausadamente larga vida, como quien tenga por más sabroso el condensar en breve

existencia un vehemente goce. Mas á esto replicaré, y apoyaránme en mi réplica cuantos al noble estudio de la naturaleza humana se dedican, que esta no es una pura cuestion de cantidad, sino que además lo es de calidad y que la segunda cuestion domina á la primera. Quiero decir, que siendo condicion de larga vida aquel orgánico bienestar que tiene por término la muerte natural, y presentándose ésta como benigno descaecimiento en que coinciden lo armónico del descenso con la serena expectativa de otro mejor estado, miéntras que la muerte prematura por causa interna, supone necesariamente dias, meses, años de amargo sufrir, condenado el individuo á soportar la ruda lucha, que dentro su propio cuerpo sustentan órganos áun jóvenes con órganos ya decrepitos por enfermedad; resuélvese, al fin, el caso, no por la simple opcion cuantitativa á vivir ménos gozando más, ó á vivir más gozando ménos, sino á la alternativa de vivir muriendo á medio vivir, ó de vivir buenamente hasta el término específico de la vida. Si hay, pues, libertad de gustos acerca del particular, es porque hay gustos que merecen lo que el refran dice por mí, no porque el gusto de la intensidad delectativa de la vida tenga formal apoyo en una opinion razonable. Lo malo, no por gustar deja de serlo; además de que la rapidez productora de nuestros tiempos dista mucho de ser efectivamente deleitante. El ritmo moderno tiene por fin inmediato el anhelo de produccion y cambio, por fin remoto el ansia de gozar, y ni siempre se logra lo primero, ni siempre del logro de lo primero se deriva el de lo segundo.

Quiero obtener para gozar. — Llegamos á la última parte de esta excursion analítica y aquí se nos aparece el capital error de nuestros tiempos; el error psicológico en la nocion misma de la riqueza. Mas, ántes que critiquemos, definamos. Riqueza es, en el órden moral, la virtuosa acomodacion de nuestras necesidades á los medios de satisfaccion que *de hecho* poseemos. Riqueza es, en el órden económico, la posesion del conjunto de medios apropiados á satisfacer, por derecho natural, todas las necesidades de que nuestra naturaleza es normalmente capaz. Para contemplarse feliz con la primera forma de riqueza, se ha-

ce indispensable la virtud. Nótese, además, que la riqueza, así en la primera como en la segunda forma, no es una *cosa*, es una *resultante*; no es un *factor*, es un *producto*, y que ese producto, que de puertas á fuera de nuestro *sér* se llama *riqueza*, es el mismo que de puertas adentro llamamos *felicidad*, el cual producto, en tanto que interno, forma el objeto final de nuestra nativa tendencia. Pues bien, si á esto se añade que podemos hallar en el mundo un pobre y un rico que, á pesar de la diferencia de caudal, se consideren con perfecta igualdad dichosos, deduciremos legitimamente que la felicidad del primero es el producto de mayor virtud multiplicada por menor riqueza, al paso que la del segundo es el producto de mayor riqueza multiplicada por menor virtud. Esto nos llama la atención acerca de una cosa que los economistas, dada la índole analítica, limitada, parcial de su objeto de estudio, no toman en bastante consideración y que, en la realidad social, juega un primer papel y es el elemento ó factor personal, virtual, íntimo, que imprime carácter práctico á la riqueza. La ciencia económica, basada en el derecho, nótese bien, en el derecho á satisfacer toda natural apetencia, se desentiende de hacer ver cuán ocasionada es la noción de ese derecho á desmoralizar al hombre en su lucha contra los elementos naturales y sociales, que se oponen á que ese derecho se realice, y asimismo distráese de considerar hasta qué punto el hombre, en esta lucha, se apasiona, se embravece y ciego tras el factor externo de la soñada riqueza, abandona su factor interno, la virtud, resultando que si no logra la riqueza objetiva, sufre, y si al fin la alcanza, no la goza, porque ha perdido con la virtud el factor subjetivo de su dicha, y entónces, privado del producto, porque éste no cabe donde falta un factor, cae abrumado y rendido bajo la balumba de sus mismos atesorados bienes, los cuales se le truecan en males tan pronto como él ha perdido la capacidad de ser feliz. Al rico elaborado por este medio le pasa lo que le había de acontecer al varón que, en la manía de llegar á obtener por esposa la más bella y apuesta dama del mundo, gastase su juventud y sus fuerzas en ir y venir por toda la haz de la tierra en busca de ella; que luego al descubrirla echaría de ver cuán poca energía le quedaba para poseerla. Tan apasionada irregular manera de buscar la riqueza, confundiendo el factor material con el resultado moral, es por demás ocasionada á graves que-

brantos de espíritu, de los cuales derivan proporcionados disturbios orgánicos, que los médicos prácticos vemos y palpamos en cotidianos ejemplos. ¡Oh! si yo pudiese influir en el ánimo de los economistas contemporáneos, habia de suplicarles que, pues la ciencia de la riqueza tiene por objeto un solo factor del bienestar humano, concediesen al elemento moral de ese bienestar, considerado como principio económico; mayor importancia que la que de ordinario le conceden. Ni del hierro, ni del diamante, ni de las tierras, ni de los frutos, ni de cosa ninguna del orbe terráqueo puede sin reserva decirse que es *utilidad, valor ó riqueza* en sí: ántes de la aparicion del hombre, las más densas tinieblas económicas envolvian al mundo; ductil era ya entónces el hierro, elástico el aire, veloz la electricidad, ardiente el fuego, feraz la madre tierra; mas ninguna cosa de estas era útil, porque la utilidad no es en ellas un atributo propio, sino precario, es como el color, que en todo objeto depende de la presencia de luz; y bien así como al asomar el sol por el Oriente alegra tierra y mar, montes y valles y no parece sino que todas las cosas se solazan, reverberando agradecidas á Febo los ricos y variados colores, que á sus destellos deben, exclamando en coro: «Contempla ígneo rey cuán bellas por tu gracia somos»,—así, al presentarse en el mundo el primer hombre, todas las cosas reverberaron la luz moral del espíritu de éste, cantando en concertado himno: «Bienvenido seas, destello de Dios, que de nuestra ignorada condicion nos redimes, permitiéndonos intervenir en tu perfeccion; contéplanos, sojúzganos, explota nuestra naturaleza; por tí somos útiles, por tí somos capaces de concurrir á un fin moral!»—Y desde entónces la materia, cual si fuera una condensacion de espíritus caidos, que á la vista del hombre barruntan la posibilidad de un mejor porvenir, no cesa de prestarse á nuestros más altos y espirituales fines; y así la veis hoy en derredor nuestro, solicita á despecho de su inercia, dócil á pesar de su adustez, concurriendo á la grande obra de nuestra perfeccion con grande ahinco, cual si obrase esperanzada de obtener para sí un destello del divino aplauso.

Este es el punto fijo, invariable, absoluto de todo sano principio de riqueza; quien vea en las cosas una riqueza en sí, perderáse tras ellas sin remedio.

Y aún el mal, señores, no fuera tan lamentable si no pasara

de la esfera individual; pero el hecho es que trasciende de padres á hijos. El hombre que cree ver en las cosas riqueza *en sí* las busca, y como es condicion humana la abnegacion paternal, afánase el padre en proporcionar á sus hijos todo cuanto juzga un bien para sí propio, y hé aquí que el mal se hereda, pero ni más ni ménos que se heredan las diátesis, por degeneracion. Parémonos un instante, que el caso vale la pena. Los padres que, cegados por tales errores, consideran como riqueza los bienes que constituyen su caudal, redoblan sus esfuerzos, al compás que su prole aumenta, con el único fin de poder legar á los hijos sendas fortunas. Mas, como los hijos, sobre hallarse con tan pingüe legado y sin preparacion de virtud para hacer uso de él, están faltos de una cualidad que siquiera el padre acaso tuvo, y fué la vocacion por el trabajo, resultan aquellos moralmente muy inferiores á éste, presentándose en ellos una segunda causa de muerte prematura, que es la disipacion por incapacidad de valorar aquello mismo que consumen: achaque en cierto modo naturalísimo, porque dada la tendencia fatal, indeliberada del hombre á la felicidad, quien no encuentra en sí ningun elemento de ella, vá á buscarlos todos fuera de sí, y como las cosas externas no poseen el secreto ni la buena voluntad de hacer dichoso á nadie, puesto que *nemo dat quod non habet*, propenden á embrutecer á quien de ellas toma consejo, porque *unusquisque dat de quo habet*, engendrándose, por este sencillo mecanismo, la curva genealogia tan peregrinamente descrita por el dicho cubano: «*padre pulpero, hijo caballero, nieto pordiosero.*» Esta es, bien lo sabeis, señores, la fórmula precisa de todas las genealogías que hoy produce el error económico de creer que las cosas son riqueza en sí. En este particular mi opinion es tambien terminante: legítimos propósitos son los del padre de dejar rica su prole; pero la riqueza del hijo debe consistir no en una simple testamentaria del caudal, sino en su transformacion; y así como el hijo no es la parte amputada del padre, sino la transustanciacion genésica de su individualidad, así la herencia no debe ser la parte separada de los bienes del padre, sino la transformacion efectiva de estos bienes en elementos morales de ventura. Si quereis, pues, ¡oh padres! dejar positivamente ricos á vuestros hijos, arruinaos en su educacion; es el consejo más seguro que puedo daros, y si morís dejándoles menores, haced que hereden,

vinculado en un programa del complemento de ella, una gran parte de lo que en otra forma de herencia, en tanto que forma exclusiva, seria su disipacion y su ruina.

Ahora; ¿necesitaré por ventura indicaros cuáles son los resultados patológicos de ese error económico, en funciones de herencia? ¿habré de enumeraros los estragos de la disipacion? No: cualitativamente son hoy los mismos que en todos tiempos; afecciones crónicas, ya humorales, ya nerviosas, que propenden á terminacion éctica, y entre ellas, principalmente, las afecciones venéreas y la impotencia prematura, las cuales, ó cortan por esterilidad los progresos de la poblacion, ó si consienten su aumento esdando frutos entecos y podridos. Lo que sí nuestra época ofrece de especial y siniestro es la universalidad de tales estragos orgánicos, por la doble razon de estar á un tiempo muy generalizada la riqueza y muy difundido el error en su nocion.

IV.

Llegamos al 4.º punto, ó sea, al exámen de la Estadística médica con relacion al fenómeno que estudiamos. Procuraré ser tan conciso quanto el interés de la claridad lo consienta.

Establezcamos, ante todo, como criterio, que la Estadística en esta ocasion solo puede suministrarnos pruebas indirectas, incompletas é imperfectas:

—*indirectas*, porque siendo absolutamente imposible una Estadística de los sentimientos morales, toda vez que éstos, en tanto que actos internos, pueden ser ya ocultados, ya mentidos, no hay forma de expresar *numericamente* las relaciones entre estos sentimientos y sus correspondencias patológicas,

—*incompletas*, porque siendo la Estadística una ciencia moderna, no ofrece datos en qué apoyar comparaciones históricas, ni para nuestro objeto, ni para otro ninguno,

—*imperfectas*, porque la Estadística, en general, adolece aún con frecuencia de dos males; uno nacido de la ignorancia ó del descuido en su elaboracion: otro dimanado del influjo de la pasion política.

Advertidos de estas tres limitaciones, preguntemos á la Estadística: 1.º ¿Cuál es el promedio de la vida moderna? —2.º ¿Cuál es el tanto por ciento de la actual mortalidad?—3.º ¿Cuál es el carácter hoy dominante en las enfermedades?

1.º

PROMEDIO DE LA VIDA MODERNA.

En España la duracion media de la vida es, en general, de 24'56 años, y en las capitales llega á 25'72, lo cual da 25'14, término medio, ó sea, la menor cifra de longevidad de Europa^(d).

Hé aquí ahora el Cuadro comparativo de la vida media actual en Austria, Prusia (antiguo reino), Sajonia, Cerdeña, Baviera, Holanda, Bélgica, Francia, Dinamarca, Suecia, Noruega y Wurtemberg.

	Con los nacidos muertos.	Sin los nacidos muertos.
Austria.	27-76 . . .	28-19
Prusia.	29-66 . . .	31-10
Sajonia.	29-47 . . .	31-16
Cerdeña.. . . .	30-43 . . .	30-80
Baviera.	31-49 . . .	32-61
Holanda.. . . .	32-63 . . .	34-72
Bélgica.	36-45 . . .	38-35
Francia.	38-77 . . .	40-36
Dinamarca.. . . .	37-91 . . .	40-49
Suecia.	39-02 . . .	40-66
Noruega	41-06 . . .	43-64
Inglaterra.		36-92
(e) Wurtemberg.	28-42	
	<hr/>	
	32-87 . . .	34-49

El resultado general de este Cuadro, con inclusion de los na-

(d) «Memoria sobre el movimiento de la poblacion de España en los años 1858, 1859, 1860 y 1861, publicada por la Junta General de Estadística del Reino.» —Madrid Imp. de L. Beltran.—1833

(e) Fr. Oesterlen.—*Handbuch der medicinischen Statistik.*—Tübingen, 1865.

cidos muertos, nos dice que en la mayor parte de pueblos de Europa la vida media no pasa de 32 á 33 años. Este resultado, señores, considerado en absoluto, es muy triste; diré más: diré que á fuer de anatómico lo encuentro ridículo. Vedlo, sino; restad de los 33 años los 25 que la organización humana necesita para formarse y os quedan 8 años de plena existencia. Ante este resultado nosotros podremos llorar, pero los números persisten en su sardónica risa.

Discurramos acerca de esto; pero discurramos con serena grandiosidad, sobreponiéndonos á nuestro actual raquitismo.

Todas las lenguas cultas poseen el verbo *degenerar*; ninguna el verbo *supergenerar*. Este fenómeno lingüístico emana de un hecho de experiencia que, en frases biológicas, enunciaré de esta manera: *todas las variantes anormales que puede un individuo ofrecer en su especie, se refieren constantemente á fenómenos ó á formas de inferioridad, es decir, á debilitacion de potencia específica, nunca á la elevacion individual de esta potencia sobre la de la especie.* Luego los individuos que en todos tiempos, lugares y razas han alcanzado mayor longevidad, no constituyen fenómenos; los fenómenos somos nosotros, que vivimos ménos que ellos; de ellos solos puede afirmarse que ejecutan todo el programa específico de la vida humana, simplemente porque la supergeneracion, la exaltacion normal de la potencia específica, no cabe.

Ahora, fijando sin extremar los límites de la observacion, la duracion natural de la vida humana en 125 años, hallamos en primer lugar que, mirando al hombre, no ya como un sér superior, sino como un simple vertebrado, ofrece en este caso una proporcion más razonable entre los 25 años de desarrollo y los 100 restantes, distribuidos en 75 de plena existencia y 25 de declinacion, y, en segundo lugar, reconocemos que dado nuestro actual promedio de longevidad, apénas pasa nuestra vida de una cuarta parte de lo que específicamente podemos vivir.

¿Por qué no logramos tan dilatada existencia? ¿por qué nuestra vida media no ha de ascender siquiera á 50 años? Perentoria respuesta á estas preguntas acierta á dar el siguiente principio fisiológico: la vida, al par de todo acto natural, *propende*, por sí, á su completo desarrollo, porque lo contrario repugna á la razon, y de todas las aberraciones é imperfecciones del organismo hay que referir la causa al mundo que le rodea, ó que rodeó á los que le

engendraron, y como quiera que sobre el hombre, lo propio que sobre sus ascendientes, obran dos mundos, uno cósmico ó físico, otro psíquico ó moral, la culpa de que solo vivamos un solo cuarto de lo que naturalmente podemos vivir, ha de estar en uno de estos dos mundos. De ahí no se sale. ¿Será, pues, cósmica la causa de nuestro actual efimerismo? Yo no acierto á verla. No tengo por muy sano el planeta en su actual modo de ser, es cierto; pero también lo es que los animales superiores llevan junto á nosotros una longevidad más proporcionada á su período de desarrollo que la nuestra. Al llegar á este punto, si no se ve claro, se transparenta mucho la verdad.

Ya os he dicho, señores, que la Estadística no puede influir en nuestro tema por pruebas directas; sin embargo, ¿no es cierto que esta breve excursión os deja á todos con la más viva sospecha de que, si los hombres viven tan poco, es porque son aún tan poco dignos de este nombre?

De los pasados tiempos argüiránse muchas cosas, bien lo sé, mas cuando se me recuerde algun furtivo cómputo, en son de prueba de que los antiguos vivían ménos, yo recordaré, ex. gr., que los espartanos estaban obligados por su ley tradicional al servicio activo hasta los 60 años, lo cual hace creer que ellos vivían más y mejor que nosotros. En este punto, despues de mucho argüir y replicar, tornariamos al principio, es decir; á reconocer: 1.º que del pasado no hay cuestion, porque no hay sobre él una base científica de conocimiento estadístico; 2.º que del presente la cifra de la vida media es ridícula, es miserable y prueba indirectamente que, *en absoluto*, alguna causa moral nos impide poner nuestra vitalidad á la altura de los excelentes medios de que hoy disponemos para hacerla efectiva.

2.º

EL TANTO POR CIENTO DE NUESTRA MORTALIDAD.

Para resolver este problema he investigado sobre Estadística de Barcelona, y, á despecho de graves dificultades, debidas á la es-

casez de cuadros fehacientes y á la existencia de un gravé error oficial, que ha sido preciso rectificar, puedo ofrecer el siguiente resultado:

	Año.	Censo de habitantes.	murieron.	tanto por 100.
Censo en	1820	— 63,679 —	2,146	— 3'37
Censo en	1862	— 190,000 —	5,825	— 3'69
	1863		7,167	
	1864		6,764	

Es decir, que en cosa de medio siglo de transformacion y progreso material en todos los ramos, no sólo no hemos bajado el tanto por ciento de mortalidad, sino que aún ha experimentado éste una ligera subida. ¿Cabe, señores, entre las pruebas indirectas de que vivimos moralmente mal, otra más vehemente que la que de jo consignada? (f)

3.º

CARACTER

HOY DOMINANTE DE LAS ENFERMEDADES.

He aquí, señores, un Cuadro estadístico comparado de las enfermedades que integran la mortatidad en Lóndres, en Berlin y en Barcelona, (g) debiendo ántes advertir que, al disponerle, he tenido la mira de comparar tres capitales muy diferentes entre sí, por todos conceptos y de comparar la mortalidad en distintos años, á fin de dar al resultado la mayor independendencia posible respecto de las causas geográficas, epidémicas, meteorológicas y

(f) De 1858 á 1862 la mortalidad en España ha sido de un 3 por ciento, término medio de muchas provincias; siendo los términos menores el de Astúrias (1'60 pr. c.) y el de Pontevedra (1'75 pr. c.), y los mayores el de Extremadura (Badajoz y Cáceres—3'45 pr. c.) y el de Barcelona que en el anterior cuadro se expone.

(g) La Estadística de Lóndres procede de Oesterlen (Obra cit.), la de Barcelona de los tres cuadros oficiales, únicos, que yo sepa, dados á luz por nuestro Municipio y, finalmente, la de Berlin es una compilacion de las «Mortalitätsliste von Berlin für den Monat Januar 1872» y siguientes, publicadas en el *Berliner klinische Wochenschrift*, desde marzo de 1872 hasta abril de 1873.

de aquellas constelaciones médicas, en fin, que en un mismo año hubiesen podido ejercer una influencia europea.

DE 100 FALLECIMIENTOS TUVIERON POR

CAUSA EN	LÓNDRES.		BARCELONA.			BERLIN
	1858	1859	1862	1863	1864	1872
Enfermedades generales crónicas.	49.0	49.0	48.0	46.5	44.7	21.5
Id. id. agudas.	43.7	42.7	6.3	7.4	8.1	40.1
Id. del sistema nervioso.	40.2	40.7	21.0	20.7	22.3	46.9
Id. id. vascular.	4.0	4.4	3.6	3.7	3.6	4.9
Id. id. respiratorio.	23.9	48.8	46.5	48.2	48.5	44.0
Id. id. digestivo.	9.3	43.4	49.3	47.4	47.8	49.4
Id. id. uropoyético	4.3	4.4	0.4	0.4	0.4	0.8
Id. id. sexual.	4.4	4.6	4.3	4.4	4.6	4.3
Id. id. locomotor.	0.9	4.0	0.3	0.3	0.4	0.4
Id. id. cutáneo.	4.3	4.2	4.7	4.5	4.6	0.9
Circunstancias no morbosas.	45.0	46.4	44.6	42.5	44.0	45.8
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

El simple exámen de este Cuadro nos da, para las tres capitales, un notable predominio de las afecciones crónicas generales y las de los sistema nervioso y respiratorio; por manera que en Lóndres estas tres clases arrojan en 1858 un 52 por 100, en 1859 un 47 por 100: en Barcelona, en 1862 un 45 por 100, en 1863 y en 1864 un 54 por 100, lo propio que en Berlin, donde importan en 1872 un 48 por 100.

Pasando por alto diversas observaciones de carácter secundario, bastará con el exámen del propio cuadro para reconocer, que el predominio de las enfermedades de índole pasiva y de las especiales de los más nobles centros, arguye una fuerte contradiccion entre los medios de educacion, profilaxis y tratamiento que hoy poseemos y los resultados que en la Estadística contem-

plamos. Así, finalmente, por via de explanacion consignaré que la Estadística de esta capital, correspondiente á 1864, presenta entre 6,764 defunciones:

por hipertrofia de corazon.	127
» fiebre tifóidea.	251
» eclampsia.	373
por el acto mismo de nacer ó poco despues, y.	} . . . 478
por falta de organizacion.	
» consunciones nerviosas, tuberculosas y escrofulosas.	773
» apoplejía y otros diferentes ataques cerebro-espinales.	879..!:

de donde se deduce, entre otras mil verdades nada halagüeñas por cierto, que solo la suma de los casos de deficiencia, debidos á vicios de desarrollo, á escrófulas y tubérculos y á exhaustion de los centros nerviosos, suman 2,130 muertes de entre los 6,764 que componen el cuadro total, es decir; más del tercio de la mortalidad de un año...!!!

Para concluir de una vez, señores, diré, que sea cual fuere el valor que á todos los datos presentados se conceda, yo, por mí parte, en el órden meramente estadístico, seguiré creyendo: 1.º que no vivimos en proporcion con lo que dan de sí los recursos modernos, y 2.º que, en esta discordancia, es menester atribuir á algun grave error de las almas la mala suerte que la época depara á los cuerpos.

Aquí, señores, daré punto final á mi análisis; debo hacerlo para no abusar de vuestra atencion; puedo hacerlo porque vuestra perspicuidad me dispensa de extenderle hasta sus últimos detalles. Entre artistas el exámen de un boceto anticipa el juicio de la acabada ejecucion del cuadro.

Recapitemos, pues, las verdades obtenidas á favor del precedente exámen: 1.ª que el mal existe en realidad;—2.ª que este mal es de condicion transitoria;—3.ª que la causa del mal es la hyper-

dinamia producida por la ingerencia del sensualismo protestante en la honesta tendencia del Renacimiento á desenvolver, por la libertad y el trabajo, la perfeccion terrena como fin y el bienestar, ó sea, la riqueza y la cultura, como su inmediato premio;—4.^a que la esencia del mal es la pasion por el goce, considerado como objeto definitivo del hombre;—5.^a que las formas ó funciones parciales del mal consisten en tres grandes errores, cometidos respectivamente en los procesos del *ser* al *poder*, del *poder* al *obtener* y del *obtener* al *gozar*;—6.^a que estos errores parciales componen juntos, en la esfera individual, un mal del alma, que se exterioriza por actos irregulares de conducta y que, por el general mecanismo de las relaciones entre lo moral y lo físico, acarrea grandes disturbios de la organizacion, en detrimento de la salud y abreviacion de la vida, ya de los culpables, ya de sus víctimas;—7.^a que así la generalidad, como el grado de estos males, están en chocante desproporcion con los medios de bienestar y de sana y larga vida de que nuestra civilizacion dispone,—y 8.^a y última, que la Estadística confirma indirectamente estas verdades, ofreciéndonos una positiva discordancia entre la mortalidad y la riqueza moderna.

Reconocida la importancia de este resultado analítico, espero tendreis á bien prorogarme, por brevísimo plazo, vuestra benevolencia, y á grandes trazos os diré lo que pienso del pronóstico y el tratamiento del mal cuyo estudio terminamos.

Afortunadamente conspira á la brevedad el hecho de que, en nuestro caso, Prognosis y Terapéutica se resuelven en un solo asunto. En efecto, sabido que el mal es de naturaleza transitoria, todo el punto del pronosticar estriba en resolver si es ó no posible aminorar su intensidad y activar su cura; lo cual equivale á preguntarnos, en el órden terapéutico: ¿puede la Sociedad influir espontáneamente en sí misma?

Y hé aquí que los dos problemas médicos, al identificarse, conviértensenos como por arte fantasmagórica en la cuestion capital de nuestro siglo; en la cuestion que las comprende todas, todas sin faltar una. Ante la gravedad de la pregunta ¿vacilaremos? Nó; pues ¿qué debemos contestar?

Malos corren los tiempos para la afirmativa. Las ideas dominantes en todos los centros literarios de Europa y América, bien como las que en el período hyperdinámico de cada civilizacion

engendran su respectiva Filosofía, no constituyen las auras precursoras de una verdad nueva, sino la espuma de un error que de puro viejo va entrando ya en descomposicion; y claro es que la Filosofía del placer ha de tener por postulado el dogma del fatalismo.

Pero la verdad sea dicha, señores, sin sollozos: yo comprendo muy bien que los moros en cualquier tiempo se hagan cristianar; mas no concibo la desaguisada priesa de muchos cristianos de hoy en hacerse moros; y reparad que en mi estrañeza me quedo corto, muy corto aún; puesto que el *determinismo* de James Mill, de Comte, de Herber Spencer, de Georges Lewes, de Bain, de Littré, de Bailey, de Darwin, de Moleschot, de Vogt, de Bukle queda muy por debajo del fatalismo musulman, toda vez que por éste la voluntad abdica en una fuerza superior, miéntras que por aquel abdica directamente en la materia. Doctrinas que así nos despojan de nuestro propio sér, del gérmen de toda virtud, de la raíz de todo remordimiento, de la expansion de nuestra vida, de la dignidad de nuestro fin; doctrinas que así nos emparentan con los brutos, convirtiendo la Ciencia social en una rama de la Física, y la Historia de los levantados impulsos del humano genio en una sucursal de la Meteorología, debemos rechazarlas con todas nuestras fuerzas, y no tanto por lo mucho que tienen de malo, cuanto por lo único que tienen de bueno; por su absoluta imposibilidad de realizacion: porque si malo es pretender el mal, estúpida es, además, tal pretension cuando versa sobre un mal inasequible. Penetrad, sino, en el mundo; id, observad, inquirid y constantemente vereis que el hombre que prohija científicamente tales aberraciones, creyendo hallar por ellas el atajo de su dicha ó de su fama, las rechaza violentamente en todo aquello que á su propia dignidad se refiere; de suerte que el *determinismo filosófico*, ó sea, la negacion de la humana espontaneidad, puede, á lo sumo, favorecer á un bando político, mas nunca formar una norma de moral social; puede pervertir á la mayoría de los hombres en una época dada, pero perder á la humanidad entera, jamás.

Así, pues, rechazada la negativa, ¿adoptaremos la absoluta afirmacion? ¿Dirémos que la Sociedad es árbitra soberana de sus destinos? Tampoco. ¿Qué ley de sana razon nos ha de obligar á tamaño despropósito? ¿quién á divorciarnos de la realidad? En buena lógica si aquel que niega está obligado á negar en redon-

do, puede aquel que afirma condicionar su afirmacion; el más y el ménos solo caben en juicios positivos. Así pues, como en el hecho de afirmar de mi albedrío reconozco á un tiempo su existencia y las restricciones á que por edad, por constitucion física, por enfermedad, por ignorancia, por malos hábitos, etc., está afecto, asimismo, al pasar de mi conciencia á la contemplacion del *consensus* social; al ver en la humanidad un informe individuo compuesto de *células* positivamente *libres*, que son los hombres, trasluzco distintamente en todos los actos sociales una espontaneidad, tan positiva en sí, como realmente limitada por condiciones étnicas, geográficas é históricas; y á la manera que en mi propio desarrollo, por más que sujeto á superior ley, hé visto mi voluntad, nacida cual tenuísimo tallo en los albores de mi uso de razon, robustecerse sucesivamente, hasta producir una frondosa vegetacion de culpas y de méritos que influye sensiblemente, cada dia más y más, ora en bien, ora en mal, en la marcha de mi propio desenvolvimiento, asimismo distingo la espontaneidad social, débil destello en los pueblos rudimentarios, vigorizarse al compás del progreso, hasta influir de muy sensible modo en la produccion del desarrollo histórico, por más que éste obedezca en su fondo, á una ley providencial. Precisamente hoy tenemos en la llamada *opinion pública* la manifestacion de un marcadísimo medro en esa espontaneidad colectiva; medro que consiste en la elevacion de la voluntad social al estado de conciencia clara de sí misma, por efecto del aumento de cultura, y por lo tanto, de responsabilidad de todos y cada uno de los ciudadanos; siendo hoy, como siempre, la libertad moral de una sociedad, proporcional á la de los individuos que la integran, y así vemos á menudo formarse por la agitacion *deliberada* de esa mole de voluntades individuales, la comun voluntad, y sentirse su influencia en la marcha de las cosas. En suma, la Sociedad no es en verdad autora de la ley de su progreso, pero tiene espontaneidad *bastante* para influir de un modo sensible en los detalles del desarrollo del mismo.

Esta verdad está grabada originalmente en el ánimo de todos. En este punto el príncipe de Bismark y el último labriego se hallan en idéntico caso; ambos á dos sienten que el mundo marcha á despecho suyo por una fuerza superior; mas ambos á dos obran irresistiblemente persuadidos, el uno de que su voluntad

influye en los destinos de su hogar, el otro de que su voluntad influye en los destinos de Europa. ¿Cómo se concilian esa ley superior y esa voluntad inferior, concurriendo á un mismo fin? Esto lo sabe cualquier ignorante. Para América zarpa un buque porque el armador lo dispone y porque las leyes naturales lo consienten; sin embargo, en medio de lo obligado del rumbo y de las contingencias de los elementos, cábele al piloto un tanto de libre accion, y por ella se le aplaude si llega bien y pronto, ó se le recrimina si llega tarde y mal. En este particular no valen razonamientos: si la conviccion que el hombre tiene de su libertad moral fuese errada, sería este error mil veces más provechoso que todas las verdades de la ciencia juntas.

Siendo, pues, esto así, queridos colegas, y miéntras los demás superiores gremios se esfuerzan en ejercer sobre la Sociedad enferma una saludable accion, ¿quedaremos los médicos cruzados de brazos, por no tener acaso bastante clara idea de nuestros fueros, ni sentimiento asaz intenso de nuestros deberes? ¡Por Dios que sería esto dar muestras de inconcebible atraso, y no hareis tal, porque bien sabeis todos cuánto en pocos siglos el carácter de vuestra profesion ha remontado!

Hoy ya no sois el despreciado judío, á quien en lejanos tiempos se dignaba un enfermo confiar su curacion, por artes suspectas de nigromancia; hoy ya no sois aquellos medicastros del siglo pasado, fruto mestizo de una barbería y de un claustro de Doctores y cuya influencia no podia trascender más allá de las carnes; hoy ya no sois aquel físico de principios de este siglo, aquel físico que en su denominación llevaba aún impresa la marca de lo incompleto de su poder; hoy representais ya á la Medicina en la plenitud de su esencia, de sus fines y de su influjo social; sois los médicos en la entera redondez de vuestras atribuciones. De humilde condicion habeis ascendido á una primera categoría, porque vuestra ciencia, que en un principio fué toda vaguedad empírica y más tarde toda esclavitud filosófica, ha venido á ser hoy no solo ciencia por sí, sino además la autoridad árbitra del movimiento filosófico y político del mundo; ciencia á cuyo mágico influjo todas vuestras clientelas particulares se han transformado en un cliente colosal, la Sociedad misma, que reclama hoy vuestro saber, vuestro interés, vuestro auxilio. ¿Acudireis á su voz? ¡oh! no lo dudo.

Ea, pues, queridos colegas míos, no abdicéis de vuestra autoridad; no reduzcáis vuestra jurisdicción por estrechez de miras: al par que los instrumentos operatorios, al par que las sustancias químicas, al par que las plantas medicinales, tienen los medios morales su catalogada colección en el Gran Museo de nuestra Materia médica. ¡*Propaganda, pues!*, propaganda os recomiendo, ya que, al difundir los buenos principios del orden moral, operáis legítimamente como médicos y operáis con la imponderable ventaja de no derramar sangre, ni causar dolores, ni correr el azar de erradas medicaciones, y así ejercéis influencia en el secreto de la privada vida, como en las libres corrientes de la pública. Aprovechad en esa nobilísima empresa dos condiciones de prestigio que son privativas del consejo médico; una es la que señala, como incumbencia de vuestro sanitario oficio, el oponer á los estragos de la moral utilitaria la benéfica convicción de la utilidad de la moral; otra es la de que, siendo las lágrimas del prójimo el agua con que se amasa vuestro pan, toda reflexión que de vosotros nazca, encaminada á evitar lágrimas, reviste la autoridad de un acto, que representa á un tiempo, un paso de inteligencia y amor y una omisión de interés propio, y, por lo tanto, un acto de caridad incuestionable é irresistible.

Y puesto que la caridad pura, ingénuo, inequívoca, es la primera autoridad del mundo, derramadla á manos llenas; que ocasión hay y variadas formas de obrar el bien ofrece nuestro siglo. Congresos, Academias, libros, folletos, revistas, diarios, conversacion, asistencia privada; hé aquí los diversos modos y lugares donde podreis explayar la más elevada, la más trascendental forma de ejercicio del arte de Esculapio. Educacion física, educacion moral, armonía entre lo moral y lo físico: ved ahí nuestros más obligados temas, cada uno de los cuales da de sí para perpetuar el nombre de innumerables médicos.

No os arredre en este empeño la variedad de matices que en las creencias hoy el mundo ofrece: bajo el punto de vista de vuestra accion, esos matices, así en el ánimo de vuestros clientes como hasta en el vuestro propio, tienen más de apariencia que de realidad. En los estallidos del corazón adolorido no he podido aún hallar en parte alguna al verdadero impío: el espíritu cristiano absorbe de una manera efectiva el sentimiento moral de nuestros tiempos, y así como á un pez atacado de hidro-

fobia le habia de ser imposible hallar en los fondos del Océano un lugar seco, donde remediar su frenesí, le es asimismo imposible á quien padece theofobia, hallar en el seno del mundo civilizado un lugar enjuto de cristiandad, donde mitigar la comezon evangélica de sus indeliberados impulsos.

Nada, por tanto, habrá de atajar en la práctica vuestra marcha: potencia sois; obrad, pues. Cierto que esta Terapéutica no os ha de valer cuantiosos honorarios, ni ricos presentes; bien lo sabemos todos: pero os ha de proporcionar aquella fruicion, aquella beatísima alegría en la que el alma se solaza al sentirse y hallarse digna de su esencia y de su fin, haciendo vibrar el organismo entero con tan inefable dulzura, que no parece sino que nuestros nervios se resuelven en puro espíritu.

Así yo en estos momentos, cediendo á tan dulce emocion, concluyo, porque ya no me es dado razonar; no me es posible discutir; no me importa ya saber si soy ó no soy libre, si soy ó no soy espíritu, si soy ó no soy una mera exhalacion: tan embargado me tiene la suave dicha de haber intentado el bien por solo el bien, y de sentirme por ello mucho más cercano de Dios que de las fieras del desierto.

HE DICHO.

Barcelona 19 de Enero de 1874.